

«Sobre los flatos» como reflejo de la sofística en el corpus hippocraticum

Juan Antonio LÓPEZ FÉREZ

Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), Madrid

1. Dentro del *Corpus hippocraticum* (CH) encontramos algunos tratados, especialmente *Sobre la ciencia médica* y *Sobre los flatos*, dirigidos a una audiencia amplia con el simple propósito de dar una demostración, una charla pública, divulgadora de temas de enorme actualidad a la sazón, como, por ejemplo, qué es la enfermedad, cuál es la causa de las afecciones, etcétera.

El autor de *Sobre los flatos* (SF)¹, inmerso de lleno en el ambiente sofístico de su época, no tiene un verdadero interés por la medicina, ni se consagró a ningún aspecto fisiológico ni patológico de interés general, sino que se propuso hallar en las teorías médicas del momento una corroboración adecuada de sus postulados sobre el aire, visto como verdadero responsable y causante de la salud y la enfermedad. A lo largo de su exposición general el tratadista demuestra estar al corriente de las líneas generales de la medicina, tal como era practicada y concebida en su tiempo. La oportunidad de la experiencia, el tratamiento alopático, el papel central de la causa, la definición de la medicina como resultado de dar y quitar van apareciendo en sucesivos capítulos del libro. Signos considerados de gran importancia para el establecimiento del pronóstico, tales como temblores, sudores, escalofríos y cefalalgias son recogidos también en el escrito.

Mas, como apuntábamos, la intención última del escritor es demostrar que los flatos, es decir, el aire o soplo que penetra en el cuerpo desde

¹ Confróntese R. Sánchez Redondo, «El tratado hipocrático Περὶ φυσῶν», en *Burguense* (Seminario Metropolitano de Burgos), 8, 1967, pp. 163-278. Se trata de una memoria de licenciatura dirigida por el doctor Gil en 1963. Se abordan diversos aspectos doctrinales y filosóficos del escrito y se ofrece la única y valiosa traducción española anterior a la nuestra, que aparecerá en *Tratados hipocráticos*, II, Madrid, 1986.

el exterior es la verdadera causa de todas las enfermedades. Tendremos ocasión de comprobar, empero, que no logramos discernir claramente, en todo el escrito, entre aire exterior al cuerpo humano, soplo o movimiento de ese aire y aire situado en el interior del ser humano, principalmente de resultas de la ingestión de alimentos.

Hallamos, asimismo, una referencia directa al soplo o aliento universal, responsable de la vida y las enfermedades. Los hombres no pueden vivir sin tal soplo, pero, a su vez, las enfermedades surgen cuando el aire es demasiado abundante o escaso, o resulta infectado por impurezas de varia índole.

Cuando comemos, indica el tratado, entra mucho aire en nuestro cuerpo, y, por ello, se producen los eructos. Pero si penetra mucho aire en el cuerpo y el vientre resulta obstruido al no poder circular los alimentos, los flatos se extienden por el cuerpo y van a enfriarse en las partes sanguíneas. Por tal razón se originan bostezos, sudor y dolores de cabeza. También íleos, cólicos, dolores intestinales, hidropesía, apoplejía y epilepsia son producto directo de los flatos, a juicio del autor.

2. *SF* fue considerado auténtico durante toda la Antigüedad², pero modernamente se viene viendo en la obra una excesiva propensión al discursos de corte sofisticado, así como la presencia de ciertas teorías cercanas a grupos posthipocráticos, especialmente la escuela neumática, aunque no hay elementos suficientes para tomar una decisión rotunda sobre el particular. E. Littré³ era partidario de ver en nuestro tratado una producción de la escuela de Cos, extraña posiblemente al mismo Hipócrates, pero correspondiente a algún miembro del círculo hipocrático.

A fines del pasado siglo, el interés de los estudiosos del *CH* se fijó de modo singular en *SF*, tras haber sido descubierto y publicado el *Anonymus Londinensis*⁴, papiro del siglo II que contiene un resumen de la *Historia de la Medicina* obra de Menón, discípulo de Aristóteles. En dicho escrito anónimo, entre otros veinte médicos, viene citado Hipócrates, a quien se adjudican allí dos teorías respecto al origen de las enfermedades: que surgen a causa de los gases producidos en nuestro interior por lo alimentos mal digeridos, y que son causadas por enfriamiento o acoloramiento, en especial de la bilis y la flema.

A decir verdad, hay muchos problemas, especialmente terminológicos y de orientación doctrinal, que impiden ver una influencia directa de *SF* en el *Anonymus Londinensis*, como el lector interesado puede ver en nuestra introducción a *SF* aludida en nota 1. En general, sigue siendo válida

² Es citado, por ejemplo, por Celso, Erotiano y Galeno. Cf. H. Hossen, «Hippokrates», en *RE*, 8, 2, Stuttgart, 1903, cols. 1816-1817.

³ *Oeuvres complètes d'Hippocrate*, I, París, 1839, p. 355.

⁴ Bien editado por W. H. S. Jones, *The medical writing of Anonymus Londinensis*, Cambridge, 1947. El primero en publicarlo fue H. Diels, *Anonymi Londinensis ex Aristotelis Iatricis Menoniis et aliis medicis eclogae, Supplementum Aristotelicum*, III, 1, Berlín, 1893.

la postura de quienes ven una evidente diferencia entre la concepción cosmológica del aire, tal como aparece en nuestro escrito, y los gases producidos a causa de los residuos intestinales⁵. La polémica sigue, empero, abierta y no falta quien perciba una clara relación entre ambos escritos y atribuya *SF* al propio Hipócrates como obra de juventud, de donde le vendría a nuestro tratado el carácter dogmático y teórico⁶.

Por la viva presencia de la sofística⁷, por las resonancias doctrinales, especialmente la presencia de la teoría del aire como supremo señor⁸ y responsable, también, de la salud y la enfermedad, *SF* debe fecharse a finales del siglo V o comienzos del IV a. de Cristo⁹.

3. Nuestro propósito en estas páginas, más que detenernos en las teorías filosóficas contemporáneas¹⁰, o enumerar los postulados médicos similares que leemos en otros tratados hipocráticos, es comprobar la presencia formal de la sofística en la estructura y contenido del escrito y sacar algunas conclusiones sobre el particular¹¹.

Se ha dicho que Gorgias, llegado a Atenas el año 427 a.C., si bien no hizo más que aprovechar al máximo en prosa todos los recursos tradicionales que le suministraba la poesía, cometió indudables excesos formales, y, en tal sentido, su influencia fue mala del todo¹². Puede parecer exagerado ese juicio, pero, en todo caso, el autor de *SF* no es ningún egregio representante de las virtudes expresivas a que podía llevar la prosa poética a la manera gorgiana, sino más bien un convencido y celoso defensor

⁵ Así opinan, entre otros, L. Bourgey, *Observation et expérience chez les médecins de la collection hippocratique*, París, 1953, pp. 86-87; L. Edelstein, *Peri aëron und die Sammlung der hippokratischen Schriften*, París, 1931, p. 141; G. E. R. Lloyd, «The hippocratic question», *CQ* 25, 1975, pp. 175 ss.

⁶ J. Ducatillon, «Le traité des vents et la question hippocratique», en *Formes de pensée dans la collection hippocratique* (Actes IV Colloque international hippocratique, Lausana, 1981), Ginebra, 1983, pp. 263-276.

⁷ W. H. S. Jones, *Hippocrates*, II, Londres-Cambridge (Mass.), 1967 (=1923), p. 221, afirma que el tratado «en todo caso, tiene que haber sido escrito en una época en que la sofística, que el escrito representa, era una fuerza viva». Citamos por tal edición, indicando capítulo y línea.

⁸ Especialmente en Diógenes de Apolonia B 5 y 8 D.K. Realmente el tema del aire, visto como «máximo dueño» que todo lo posee y domina puede rastrearse ya en Anaxímenes A 1 y Anaxágoras B 1 D.K.

⁹ A. Nelson, *Die hippokratische Schrift Peri physôn. Text und Studien*, Upsala, 1909, lo sitúa en el 370 a. de Cristo.

¹⁰ Las doctrinas de *SF* son bien estudiadas por Sánchez Redondo (cf. n. 1), pp. 178-226; las ideas filosóficas en las pp. 226-237.

¹¹ De la influencia de los sofistas sobre *SF* se ocupa someramente Th. Gomperz, *Sophistik und Rhetorik. Das Bildung des eû légein in seinem Verhältnis zur Philosophie des V Jahrhunderts*, Stuttgart, 1965 (=1912), p. 8.

¹² Confróntese J. D. Denniston, *Greek prose style*, Oxford, 1970 (=1952), p. 10. Como botón de muestra nos recuerda Diodoro Sículo (XII, 53, 4) que, cuando Gorgias llegó a Atenas, habló ante la asamblea y «fue el primero en usar figuras especiales del discurso cuidadosamente diferentes: antítesis, isocola, parisa, homeoteleuta y algunas otras por el estilo».

de las posibilidades del lenguaje para convencer a incautos oyentes, aunque eso sucediera a expensas de toda clase de recursos, racionales e irracionales.

En manos de Gorgias¹³, en efecto, la retórica se convierte en maestra de persuasión, en verdadero encantamiento del auditorio, en auténtica psicagogía. No se busca tanto lo verdadero como lo probable; lo importante es aprovechar bien el momento oportuno; se nos dice, sin el menor rebozo, que el poeta que consigue engañar a sus oyentes es más justo que cualquier otro que no logra tal efecto¹⁴.

Por otra parte, es bien sabido que, a juicio de Protágoras, la corrección (ὀρθότης) de un discurso no depende de ningún principio de justicia o verdad, sino de la habilidad con que el hablante consigue lo que se propone en el momento adecuado. Todo ello forma parte de su objetivo principal: hacer prevalecer el discurso más débil¹⁵.

4. Pero pasemos ya al examen de *SF*, cuyo primer capítulo comienza así: Εἰσὶ τινες τῶν τεχνέων, αἱ τοῖσι μὲν κεκτημένοις εἰσὶ ἐπίπονοι, τοῖσι δὲ χρωμένοις ὀνησίται, καὶ τοῖσι μὲν δημότησι κοινὸν ἀγαθόν, τοῖσι δὲ μεταχειριζομένοις σφας λυπηραί.¹⁶

Encontramos una serie de figuras típicas de Gorgias y su escuela¹⁷:

- *antítesis*: κοινὸν ἀγαθόν / λυπηραί; κεκτημένοις / χρωμένοις; δημότησι / τοῖς μεταχειριζομένοις; ἐπίπονοι / ὀνησίται;
- *isocolon*: τοῖς μὲν κεκτημένοις εἰσὶ ἐπίπονοι – τοῖσι δὲ χρωμένοις ὀνησίται;
- *anáfora*: τοῖσι... τοῖσι;
- *homeoteleuton* y *homeoptoton*: ὀνησίται... λυπηραί;
- *isosilabia*: catorce sílabas en miembros *a* y *d*, es decir, al comienzo y final, y
- *aliteración*: τινες τῶν τεχνέων αἱ τοῖσι μὲν κεκτημένοις.

(Obsérvese que la dental sorda es el fonema inicial de *τέχνη*. Además, el efecto acústico de tal secuencia viene reforzado con la repetición de la nasal dental en seis ocasiones.)

Encontramos, asimismo, dos palabras bastante infrecuentes, en consonancia con el uso habitual de los discursos sofisticos de acudir a términos poéticos o, al menos, poco comunes en prosa: *λυπηραί* aparece ante-

¹³ Véase E. Norden, *Die antike Kunstprosa*, Darmstadt, 1983 (=1909²), pp. 63 ss. Son interesantes los trabajos referidos a Gorgias, recogidos en el volumen *Sophistik*, edición de C. J. Classen, Darmstadt, 1976.

¹⁴ B 23 D.K.

¹⁵ τὸν ἥττω λόγον κρείττω ποιεῖν A 21 D.K.

¹⁶ «Hay algunas artes que son fatigosas para quienes las poseen, pero útiles para los que se sirven de ellas; bien común para los profanos, pero molestas para quienes las tratan.»

¹⁷ Confróntese W. Eisenhut, *Einführung in die antike Rhetorik und ihre Geschichte*, Darmstadt, 1974, pp. 19-26.

riormente sólo en Herodoto (V, 106) y es vocablo dilecto de los trágicos: Sófocles, *EL*, 553; *OC*, 1176; Eurípides, *Hipp.*, 796; *Supp.*, 893, etc.; ὀνησταί la leemos sólo en Heráclito B 121 y Anaxágoras B 4.

Y el texto de *SF* sigue así: τῶν δὴ τοιούτων ἐστὶ τεχνέων ἦν οἱ Ἑλληνες καλλέουσι ἰητρικὴν. ὁ μὲν ἰητρὸς ὄρη τε δεινά, θιγγάνει τε ἀηδέων, ἐπ' ἄλλοτρήσῃ τε συμφορῆσιν ἰδίας καρποῦται λύπας.¹⁸

- *Aliteración de dental*, siguiendo el caso anteriormente citado y en torno a la misma palabra: τῶν δὴ τοιούτων ἐστὶ τεχνέων.
- *Asonancia y repetición* del espíritu áspero y del sonido *e* en el segundo miembro (recuérdese τέχνη).
- *Homeoptoton y homeoteleuton* del primer y último miembro de las frases gracias al hipébaton: τῶν... τεχνέων, ἦν... ἰητρικὴν.

Además, giro ciertamente poético es δεινὰ ὄρη (cf. *Il.*, XV, 13 y Sófocles, *OC*, 141).

Nos sorprende, ante todo, el uso de θιγγάνω. No aparece en los presocráticos, mientras que está bien atestiguado en los poetas: Esquilo, *Ag.*, 663; *Th.*, 44; Sófocles, *OC*, 470; Eurípides, *Ba.*, 1318, etc. No lo encontramos tampoco en prosa ática antigua, donde es normal, en cambio, el sinónimo ἄπτομαι. Lo registra Jenofonte (*Cyr.*, I, 3, 5) y, luego, Aristóteles (*Pol.*, 1323b, 38, y *Metaph.*, 988a, 23)¹⁹.

En cuanto al tema de la τέχνη recordemos que en los últimos decenios del siglo V van apareciendo varias «artes»: retóricas, medicina, guerra, economía, etc. Rasgo común de cada una de ellas, aparte de tener su propia finalidad, es el buscar el bien de los beneficiados por ella, no el provecho del entendido en tal arte²⁰. De tal precepto hace caso omiso el tratadista que nos ocupa.

Por otra parte, es verdaderamente bella la metáfora ἐπ' ἄλλοτρήσῃ τε συμφορῆσιν ἰδίας καρποῦται λύπας. Si bien es cierto que la construcción se remonta hasta Esquilo (*Pers.*, 821) y es luego remozada con especial lustre en manos de Demócrito²¹, gana ahora en profundidad. En *SF* tenemos, al tiempo, un oxímoron y una ironía.

Es de notar también la notable progresión e incremento fónico (la αὔξησις) no sólo en los verbos, sino también en sus complementos expli-

¹⁸ «Precisamente, una de las artes de tal clase es la que los griegos llaman medicina. Efectivamente, el médico ve cosas terribles; toca partes desagradables y de las desgracias ajenas obtiene como fruto tristeza personal.» El período ὁ μὲν ἰητρὸς... λύπας se convirtió en una máxima general dentro de la literatura griega y latina. Cf. K. Schubring, «Ueberschene Zitate», en *Hermes* 88, 1960, pp. 451-458.

¹⁹ Confróntese F. Heinemann, «Eine vorplatonische Theorie der τέχνη», en *MH* 18, 1961, pp. 105-130; J. Kube, *Tέχνη und ἀρετή. Sophistisches und platonisches Tugendwissen*, Frankfurt, 1965.

²⁰ Confróntese Platón, *Rep.*, I, 346a-347a; Aristóteles, *Pol.*, III, 1278b, 37 ss.

²¹ τὰ αἰσχρὰ ἄνευ πόνων αὐτόματα καρποῦται B 182 («Lo feo se obtiene espontáneamente, sin esfuerzo alguno.»)

cativos: ὄρη δεινά (2+2 sílabas) < θιγγάνε ι ἀηδέων (3+4) < ἐπ' ἄλλοτρήσι συμφορήσιν καρποῦται ἰδίας λύπας (3+15).

Y continúa *SF* como sigue: οἱ δὲ νοσέοντες ἀποτρέπονται διὰ τὴν τέχνην τῶν μεγίστων κακῶν, νόσων, λύπης, πόνων, θανάτου. πᾶσι γὰρ τούτοις ἀντικρὺς ἱητρικὴ εὐρίσκειται ἀκεστορὶς ²².

En este punto, como en muchos otros a lo largo del tratado, el autor se revela como un teórico poco versado en la práctica de la medicina. Ajenos por completo a los problemas y vicisitudes cotidianas de la medicina, enuncia pomposamente postulados que no tienen base alguna en la realidad. ¡Qué lejos está nuestro teórico sofista de los verdaderos τεχνίται o «artesanos» de la medicina! Estos sí saben, y así lo pregonan sin ambages, que su ciencia tiene límites; que la medicina no puede curarlo todo; que el médico, valiéndose de su arte-ciencia debe ayudar a la naturaleza a cumplir su función sanadora, pero sin que nadie espere en ningún caso conseguir lo imposible ²³.

La medicina, según nuestro autor, libera al hombre de todo: enfermedades, tristeza, fatigas, muerte. Respecto a ésta última ningún médico hipocrático se atrevería a decir que su arte tiene poderes curativos. El buen médico sabe que puede curar la enfermedad, pero, en ningún caso, evitar la muerte.

El teórico autor de *SF* se refiere a un arte médica que no es la que postulan los más de los escritores hipocráticos, a saber, la que se propone curar al hombre de sus enfermedades, evitándole que las contraiga en el mejor de los casos. Ya Demócrito ²⁴ había delimitado bien los campos de la medicina y la filosofía: la primera se ocupa de enfermedades corporales; la segunda, de trastornos o problema psíquicos. Pero nuestro autor lo confunde todo. Para rematar la frase dice que la medicina es *remediadora* (ἀκεστορὶς) de todos los males. En tal vocablo, *hápax legómenon* creado sobre ἀκέστωρ, que aparece también sólo una vez en Eurípides (*Andr.*, 900); puede verse un gusto excesivo por crear formas extravagantes al modo de lo que era habitual en ciertos sofistas preocupados sobremedida por cuestiones lingüísticas. Este pasaje nos recuerda las palabras de Aristófanes (*Nu.*, 665) ²⁵ que, en jocosas líneas alude a la corrección lingüística (ὀρθοέπεια) practicada por Protágoras, es decir, la búsqueda de una adecuación entre la forma y el género de las palabras. Obsérvese, por otra parte, el singular y rebuscado orden de palabras: πᾶσι... ἀκεστορὶς.

²² «Los enfermos, en cambio, gracias a la ciencia, escapan de las mayores desgracias, de enfermedades, tristezas, dolores y de la muerte. Efectivamente, remediadora de todo eso resulta la medicina.»

²³ Confróntese Sófocles, *Ant.*, 361 ss., cuando refiriéndose al género humano sostiene: «Solamente del Hades no conseguirá escapatoria.»

²⁴ ἱατρικὴ μὲν σώματος νόσους ἀκέεται, σοφίη δὲ ψυχὴν παθῶν ἀφαιρεῖται B 31 («La medicina cura las enfermedades del cuerpo; la filosofía libra al alma de pasiones.»)

²⁵ Allí aparece el femenino ἀλεκτρούαινα *hápax legómenon*, para designar a la hembra del gallo (ἀλέκτωρ).

Elogia, después, el autor la alta misión que le está reservada al médico, ya que, a diferencia del profano (δημότης), conoce la cara difícil, grosera (φλαύρος) de la práctica médica. Nos encontramos con una oposición φλαύρα / σπουδαία nada común en el *CH* y en el resto de la literatura contemporánea. El tratadista sigue jugando con las palabras, sin adentrarse ni preocuparse demasiado por el fondo mismo de la medicina.

Echa una flor a los médicos: su actitud depende de la inteligencia, no del cuerpo, o de lo que el cuerpo pudiera indicar: οὐ γὰρ σώματος, ἀλλὰ γνώμης ἔστιν ἔργα²⁶.

El escritor está al tanto de las virtudes del buen médico: unir una correcta y justa teoría con la práctica adecuada. Por eso recomienda acostumbrarse a todo lo que requiere tratamiento quirúrgico (ὅσα μὲν γὰρ χειρουργῆσαι χρή, συνεθισθῆναι δεῖ), porque el hábito es el mejor maestro para las manos (τὸ γὰρ ἔθος τῆσι χερσὶ κάλλιστον διδασκάλιον γίνεται).

Ahora bien, que el médico debe aunar teoría y práctica en su labor diaria es una idea constante en todo el *CH*. Pero también es evidente que nuestro sofista anónimo prescinde de todo apego al uso de la mano, a la sensación de cuerpo, para adentrarse en postulados apriorísticos y dogmáticos. Usa, eso sí, términos recién acuñados, muy del gusto de los oyentes: χειρουργέω, por ejemplo, fuera de los escritos médicos, es usado en tal época por Tucídides y por Antifonte de Ramnunte²⁷, con el significado general de ‘hacer algo’ o ‘actuar con las manos’. En el *CH* se especializa desde el primer momento para referirse al «operar» propio del médico. Por otro lado, también συνεθίζω ‘acostumbrarse’ es palabra recién creada, como comprueba su primera aparición en Tucídides²⁸.

De todas esas palabras nuevas, frescas, chocantes, echa mano el autor de *SF*, pero con un designio hartamente distinto del que se propusiera Tucídides: el dejar una «posesión eterna»²⁹, y no unos simples juegos de palabras que no pasan de ser flor de un día.

SF sigue diciéndonos de esta manera: «Respecto a las enfermedades más ocultas y difíciles (περὶ δὲ τῶν ἀφανεστάτων καὶ χαλεπωτάτων νοσημάτων) el juicio médico depende más de la opinión personal (δόξη) que del arte (τέχνη), y en ello la experiencia tiene grandísima ventaja sobre la inexperiencia.»

La oposición de δόξα (‘opinión personal, conjetura’) frente a τέχνη (‘arte, ciencia’), frecuente en medicina, y, además, la alusión a la «experiencia» (πειρή-ἐμπειρία), fundamental en tantos tratados hipocráticos³⁰,

²⁶ Tal oposición (γνώμη / σώμα) la encontramos también en Critias B 39 y Antifonte B 2. Estaba de moda en aquel momento.

²⁷ Respectivamente, VIII, 69 y I, 20.

²⁸ IV, 34.

²⁹ I, 22. El tratadista de *SF* mantiene numerosos puntos de contacto, especialmente léxicos, con Tucídides, pero está a enorme distancia del historiador en cuanto al designio último de su obra.

³⁰ L. Bourgey, *Observation...*, sigue siendo el más ilustrativo en tal sentido.

son magnífico exordio para captar la atención del auditorio. Es bien sabido, por otro lado, que dentro del *CH* no encontramos una distinción tajante entre «experiencia» y «ciencia», cosa que sí sucede a partir de Platón y Aristóteles³¹.

Llegamos ahora a una falla abrupta, a una evidente falta de continuidad: «Y bien, uno de los asuntos de tal índole es el siguiente: ¿cuál es la causa de las enfermedades? (τί ποτε τὸ αἰτιὸν ἐστὶ τῶν νούσων). ¿Cuál, el principio y fuente de las dolencias del cuerpo? (τίς ἀρχή καὶ πηγὴ γίνεται τῶν ἐν τῷ σώματι παθῶν);.»

«Asuntos de tal índole» (τι τῶν τοιούτων) parece ir referido a los adjetivos acompañantes de «enfermedades», es decir, «muy ocultas y dificultísimas». Si es así, ¿se propone el autor dar por sentado que es preferible usar la «opinión personal» más bien que «la ciencia médica»? Todo parece apuntar en ese sentido.

El tema del αἰτιον (o la αἰτία) es usado ya por Homero; se generaliza en Píndaro y se convierte en tema predilecto de los presocráticos³² y sofistas. Algo más retórica se nos presenta la frase siguiente. Efectivamente, la búsqueda de la ἀρχή es un tópico en el pensamiento filosófico y sofístico de la segunda mitad del siglo V, como puede comprobarse en los fragmentos que se nos han conservado³³. Además, πηγὴ tomada metafóricamente, es poco usada hasta este momento, y parece ser uno más entre los numerosos juegos verbales a que tan aficionado se muestra nuestro escritor.

En la frase, empero, hay una vuelta a planteamientos antiguos: πάθος no es palabra corriente en el *CH* para referirse a las enfermedades. Hemos visto, además, que Demócrito³⁴ distinguía meridianamente entre νόσος y πάθος. Quizá la precisión ἐν τῷ σώματι fuera un recurso obligado para orientar al oyente y evitar toda posible anfibología. ¿O es que el autor apunta a la existencia de πάθη no estrictamente corporales?

Verdad compartida por los médicos del *CH* es lo que viene después: «Realmente, si alguien conociera la causa de la enfermedad (αἰτίην τοῦ νοσήματος) sería capaz de administrarle al cuerpo lo que le conviene. En verdad, esa medicina está muy de acuerdo con la naturaleza (αὕτη γὰρ ἰητρικὴ μάλιστα κατὰ φύσιν ἐστίν).

Mas lo que encontramos acto seguido ya es otro juego de palabras: αὐτίκα γὰρ λιμός νοῦσός ἐστιν· ὁ γὰρ ἄν λύπη τὸν ἄνθρωπον, τοῦτο καλεῖται νοῦσος.³⁵

³¹ Respectivamente, *Grg.*, 463b y *Metaph.*, I, 980b-981b.

³² Se cuenta de Demócrito que «prefería descubrir una etiología a poseer el reino de los persas», B 118.

³³ H. Diels y W. Kranz, *Die Fragmente der Vorsokratiker*, III, Dublín-Zurich, 1973¹⁴, pp. 84-77, ofrecen cinco columnas referidas a todos los presocráticos.

³⁴ Confróntese nota 24.

³⁵ «Por ejemplo: el hambre es una enfermedad, pues se llama enfermedad a lo que aflige al hombre.»

Αὐτίκα con valor explicativo equivaliendo a 'por ejemplo', uso no temporal ('al instante, inmediatamente') lo leemos en Demócrito³⁶ y Gorgias³⁷, antes de que se generalice con tal valor en el CH. Ahora bien, de ningún modo es cierto que para un hipocrático λιμός 'hambre' sea una enfermedad (νοῦσος).

Hasta los días de nuestro tratado, νοῦσος es, bien una enfermedad física³⁸, bien un trastorno mental³⁹. Sólo raras veces es utilizado metafóricamente aplicado a un «castigo» o «molestia moral»⁴⁰. En cambio, νόσημα, que aparece algo más arriba, es un término que surge a comienzos del siglo V a.C.⁴¹ y es genéricamente aplicado a toda clase de enfermedades físicas dentro del CH. Fuera de él se refiere también a vicios y defectos de diversa índole, especialmente, moral⁴².

Conque, tras unos someros y esquemáticos ejemplos, nos sigue diciendo SF: ἐνὶ δὲ συντόμῳ λόγῳ, τὰ ἐναντία τῶν ἐναντίων ἐστὶν ἴηματα ἰητρικῆ γάρ ἐστιν ἀφαίρεισις καὶ πρόσθεσις, ἀφαίρεισις μὲν τῶν πλεοναζόντων, πρόσθεσις δὲ τῶν ἔλλειπόντων⁴³.

En lo de «con pocas palabras» hemos de ver una idea que, si bien la emplea antes Esquilo⁴⁴, toma carta de naturaleza en Gorgias⁴⁵ y se convierte luego en lugar común en los discursos de toda índole, sin duda para congraciarse al oyente con la promesa de ser breve, cosa que, es bien sabido, nunca se cumple. Es además el lugar idóneo para dar gato por liebre, ganándose la admiración del espectador a fuerza de recursos (*contraria contrariis curantur*)⁴⁶ y recurre a datos demasiado simplistas (comida-hambre, bebida-sed), tomados de los tratados dietéticos, tan importantes dentro del CH⁴⁷. Gusta de lucir su habilidad retórica, más que de referirse adecuadamente a ese «dar y quitar» al que quiere reducir las complejas actuaciones de la medicina⁴⁸.

Desde ἀφαίρεισις hasta ἔλλειπόντων tenemos: *isocolon, homeoteleuton*

³⁶ B 172.

³⁷ B 11.

³⁸ *Iliada*, I, 10; *Od.*, IX, 411; Hesíodo, *Op.*, 92, etcétera.

³⁹ Esquilo, *Pers.*, 750; Sófocles, *Aj.*, 185, etcétera.

⁴⁰ Sófocles, *Ant.*, 421, referido al torbellino de polvo (θεῖαν νόσον), y 1141.

⁴¹ Pitágoras B 2, Demócrito B 281 y Gorgias B 11. Sobre la diferencia entre νόσος-νόσημα, G. Preiser, *Allgemeine Krankheitsbezeichnungen im Corpus Hippocraticum*, Berlín-Nueva York, 1976.

⁴² Confróntese Esquilo, *Prom.*, 227, 685 y 978; Sófocles, *OT*, 1293, etcétera.

⁴³ «En pocas palabras, los contrarios son remedio de los contrarios, pues la medicina consiste en dar y quitar: quitar lo que sobra y dar lo que falta.»

⁴⁴ *Ag.*, 629, y *Pers.*, 698.

⁴⁵ B 11a y A 26.

⁴⁶ Confróntese L. Gil, *Therapeia*. La medicina popular en el mundo clásico, Madrid, 1969, pp. 163 ss.

⁴⁷ Confróntese *Sobre la dieta*, 16, y *Aforismo*, II, 22.

⁴⁸ Véase *Sobre la naturaleza del hombre*, 9, y *Sobre la enfermedad sagrada*, 31, textos mucho más explícitos sobre la esencia de la medicina.

y *homeoptoton*, es decir, *paromeosis*. Además, *anáfora* y *poliptoton*: ἄριστα... ἄριστον, πλείστον... πλείστον, ἀπολειφθεὶς... ἀπολείφθη.

Una vez más se presta más atención a los recursos formales que al contenido.

5. El capítulo 2 comienza de este modo: Τῶν δὲ δὴ νόσων ἀπασέων ὁ μὲν τρόπος ὅυτος, ὁ δὲ τρόπος διαφέρει⁴⁹.

Τρόπος, cuando aparece referido al aspecto clínico de las enfermedades, es un concepto plural, por cuanto apunta al diverso «modo» típico de cada afección. En cambio, el autor de *SF* sostiene alegremente, contra toda evidencia y práctica médica, que todas las enfermedades tienen el mismo «comportamiento». Igual sucede unas líneas más abajo, cuando, frente a lo que nos es dado leer en numerosos pasajes del *CH*, se nos dice que «de todas las enfermedades hay una sola forma [ἰδέη] y una sola causa». En verdad, ἰδέη, en los tratados hipocráticos, alude a los distintos «modos» o «aspectos» específicos de las enfermedades. Hay, por ejemplo, «modos» de enfermar, «tipos» de fiebres, de heridas, etc. Pero, con todo, no faltan pasajes hipocráticos donde τρόπος 'modo' e ἰδέη-εἶδος 'especie' funcionan como sinónimos, aunque, por lo común, el primero tiene un valor más amplio que los segundos.

El tratadista, en efecto, nos va preparando para afirmar a bocajarro que «todas las enfermedades tienen una sola causa». A tal fin cuadra perfectamente decir que todas las enfermedades tienen una misma e idéntica forma.

6. El capítulo 3 nos interesa especialmente por su contenido, pues se nos exponen varias lucubraciones sobre πνεῦμα, φῦσα y ἀήρ, conceptos cruciales en nuestro tratado.

Leemos así: «Los cuerpos de los demás animales, y también los de los nombres, se nutren de tres alimentos, cuyos nombres son los siguientes: alimentos sólidos, bebidas y soplo (πνεῦμα). El soplo (πνεῦμα) que hay dentro de los cuerpos se llama flato (φῦσα); el que está fuera de los cuerpos es el aire (ἀήρ).»

Tras esta definición concisa y clara, parece que todo queda perfectamente explicado y diáfano en torno a los tres conceptos citados. Pero precisémoslos un poco antes de seguir adelante.

Πνεῦμα es un vocablo pertinente a una amplia familia de palabras a la que, entre otras, corresponden con diversos grados vocálicos πνοῖή 'aliento' y πνέω 'respirar'. La raíz de πνέω pertenece a una familia indoeuropea de significado expresivo, basado en una onomatopeya⁵⁰. Pues bien, desde los presocráticos πνεῦμα abarca dentro de su campo semántico, tan-

⁴⁹ «El comportamiento de todas las enfermedades es el mismo, pero el lugar varía.»

⁵⁰ Confróntese P. Chantraine, *Dictionnaire étymologique de la langue grecque, Histoire des mots*, París, 1968, p. 920.

to el aire⁵¹, en general, como el viento o soplo de los vientos⁵², y, asimismo, el espíritu⁵³ existente en el interior del ser humano.

En el *CH* el πνεῦμα tiene varias funciones: alimentar, impulsar, refrescar y vivificar⁵⁴, entre otras. Pero, asimismo, es corriente encontrarlo con la acepción de 'aire respirado' o 'respiración'⁵⁵, siguiendo un empleo normal en los poetas⁵⁶.

A su vez, φῦσα, usada normalmente en plural en los poemas homéricos para mencionar los «fuelles» de la fragua de Hefesto⁵⁷, está relacionada con una raíz *p(h)u-s- (cf. latín pustula), que en diversas lenguas indoeuropeas conlleva la idea de 'henchir, soplar', pero haciendo hincapié en la noción de «ruido» del aire en movimiento impetuoso⁵⁸.

En los escritos hipocráticos φῦσα no siempre es distinta de ἀήρ, aunque, normalmente, ambos conceptos comportan la idea de vitalidad y movimiento.

Por su parte, al hablar de ἀήρ conviene recordar que en los poemas homéricos tal vocablo se atribuye a la niebla, aludiendo, especialmente, al vapor de agua que se forma y se deposita en las capas inferiores de la atmósfera, con lo que resulta clara la diferencia respecto de αἰθήρ 'parte alta de la atmósfera'. Se le ha relacionado con el verbo ἄημι 'soplar', mas hoy día se le emparenta con ἀείρω 'tener en vilo, en alto', aunque, al hacer tal comparación surgen ciertos problemas de vocalismo⁵⁹.

Los presocráticos utilizaron ἀήρ para nombrar el aire que rodea al cosmos. Por ejemplo, Anaxímenes, tras haber afirmado que nuestra alma es aire, sostiene que el pneuma y el aire envuelven todo el cosmos⁶⁰, secuencia donde, al decir del comentarista, πνεῦμα y ἀήρ funcionan como sinónimos.

⁵¹ Confróntese Anaxímenes B 2, «El soplo y el aire abarcan todo el universo». Con especial referencia a nuestro texto: «los animales compuestos de aire sencillo y uniforme y de soplo».

⁵² Empédocles B 11 y 84; también, Demócrito B 5.

⁵³ Empédocles B 136, y Epicarmo B 9 y 22.

⁵⁴ Sobre la evolución del concepto, H. Saake, *RE*, supl. 14, 1971, cols. 382-412; F. Kudlien, *RE*, supl. 11, 1968, cols. 1097-1108, y «Die Pneuma Bewegung. Ein Beitrag zum Thema. Medizin und Stoa», en *Genus*, 21, 1974, pp. 86-98; M. Putschner, *Pneuma. Spiritus. Geist. Vorstellungen vom Lebensantrieb in ihrer geschichtlichen Wandlungen*, Wiesbaden, 1974.

⁵⁵ En las *Epidemias* hallamos toda una serie de adjetivos (ἀραιόν πικρόν, ἐκτείνον) para precisar el tipo de respiración. Cf. *Epidemias*, II, 3, 7.

⁵⁶ Esquilo, *Eu.*, 568; *Th.*, 984; Eurípides, *Ba.*, 128, y *Ph.*, 187. Interesante es Tucídides, II, 49, 2, a propósito de la peste de Atenas: «... y los órganos interiores, es decir, la garganta y la lengua, se volvían sanguinolentos en seguida y dejaban salir un aliento [πνεῦμα] extraño y maloliente».

⁵⁷ *Ilíada*, XVIII, 372

⁵⁸ Elocuente en sumo grado es el sobrenombre Φύσγων ("barrigón, panzudo").

⁵⁹ Confróntese Alceo, *Fr.*, 129, 21 L.P., aplicado a Pítaco. Tal calificativo (Φύσγων) recibiría también Ptolomeo VII (Josefo, *AJ*, XII, 4, 11). A partir de Dioscórides, φῦσα significó, asimismo, 'vejiga'. Véase *Materia medica*, V, 94.

⁶⁰ P. Chantraine, *ob. cit.*, pp. 26-27.

⁶⁰ B 2.

Hechas estas precisiones del todo oportunas para comprender mejor el terreno en que se desenvuelve nuestro tratadista, podemos seguir con la lectura del texto, precisamente, con la frase siguiente referida al aire: «Este es el señor más poderoso de todos (μέγιστος τῶν πάντων δυναστής) en todos los sentidos, y merece la pena examinar su poder.»

En este pasaje el escritor acude al tema del aire concebido como «máximo dueño» que todo lo posee y domina, presente ya en Anaxímenes⁶¹, Anaxágoras⁶², y, especialmente, en Diógenes de Apolonia⁶³. En los presocráticos ἄη* aparece pocas veces referido al viento⁶⁴, mientras, que, al contrario, *SF* insiste en los efectos violentos del viento a fin de destacar la importancia del ἄη.

Efectivamente, nos encontramos en la parte del proemio en que se elogia el aire, como si de un personaje se tratara, ensalzándolo sobremanera y poniendo de manifiesto todas sus virtudes. Decir del asunto estudiado, el aire, que es «potentísimo señor» es algo que leemos en Gorgias⁶⁶, en un pasaje que, con razón, ha recibido el calificativo de «himno en prosa». Naturalmente, si en un himno el proemio es el lugar idóneo para elogiar la progenie, parentela, descendencia, patria y hechos ilustres del ensalzado, aquí hallamos, en consonancia, la magnificación de los efectos del aire.

Hay otra correspondencia entre Gorgias y *SF*: en aquél se tiene a la palabra como dotada de cuerpo muy pequeño y *del todo invisible* (ἀφανεστάτῳ); en *SF* se dice del aire que «es invisible para la vista, pero visible para el pensamiento» (ἔστί γε τῇ μὲν ὄψει ἀφανής, τῷ δὲ λογισμῷ φανερός).

La metáfora con que se personifica al aire, un ser sin cuerpo aparente, llamándolo «señor», «dueño» la tenemos también en Aristófanes⁶⁸, que estaba al tanto de las lucubraciones de sofistas y filósofos. Algo parecido leemos en Diógenes de Apolonia⁶⁷.

A juicio del autor hipocrático, el poder del aire queda manifiesto de resultas de sus efectos: está presente en todos los cuerpos y nada puede acaecer sin él. Pero el hipocrático no se esfuerza, ni poco ni mucho, en su exposición: mezcla y confunde ἄηρ y πνεῦμα; se ve envuelto en sus pro-

⁶¹ A 1.

⁶² B 1.

⁶³ B 5 v 18. Véase ahora la nueva presentación de los fragmentos en A. Laks, *Diogène d'Apollonie. La dernière cosmologie présocratique*, Lille, 1983.

⁶⁴ Empédocles B 149.

⁶⁵ Se trata del célebre *Encomio a Helena* (B 11, 8): «La palabra es un poderoso soberano..., que con cuerpo pequeñísimo y del todo invisible obtiene logros en extremo divinos» (λόγος δυνάστης μέγας ἐστίν..., ὃς σμικροτάτῳ σώματι καὶ ἀφανεστάτῳ θεϊότατα ἔργα ἀποτελεῖ.

⁶⁶ *Nu.*, 264 ss.: «Oh soberano señor, Aire infinito [ὃ δέσποτ' ἀναξ ἀμέτρητ' Ἀήρ], que sostiene la tierra suspendida en el espacio...»

⁶⁷ B 5: «Y me parece que lo que tiene inteligencia es lo que los hombres llaman aire [ἄηρ], y que todos son gobernados por él y domina todas las cosas [πάντων κρατεῖν].»

pías disgresiones. Nos dice así: «Todo el espacio intermedio entre la tierra y el cielo está lleno de *soplo* (πνεῦμα); éste es el causante del invierno y el verano, al ponerse denso y frío en invierno, calmado y sereno en verano. Además, el curso del sol, de la luna y de los astros acontece a causa del soplo (πνεῦμα), pues el soplo sirve de alimento al fuego, y el fuego privado de aire (ἀήρ) no podría vivir. Por tanto, el aire, al ser ligero, proporciona también la vida eterna del sol.»

En nuestro texto se confunden permanentemente πνεῦμα y ἀήρ, y así ocurrirá ya hasta el final del tratado. La falta de rigor y claridad en el uso de conceptos viene disimulada a fuerza de figuras y juegos retóricos. Leemos, en efecto, varias interrogativas retóricas: «Qué podría ocurrir sin él? ¿A qué ser le falta?» Junto a esto, abundan los términos de recio sabor poético: χεῦμα, πρόρριζα, ὄχημα; juegos de palabras, etcétera ⁶⁸.

El final del capítulo 3 recoge a modo de construcción anular lo expuesto al comienzo, es decir, los extraordinarios poderes del aire. Acaba con esta frase: «En verdad, la tierra es el soporte del aire; éste, vehículo de la tierra; y nada hay vacío de aire» ⁶⁹.

Respecto a que la tierra es el soporte del aire y éste sirve de sostén a la tierra, encontramos un pasaje similar en Eurípides (*Tr.*, 884 ss.), donde Hécuba invoca a Zeus diciendo: «¡Oh! ¡Vehículo de la tierra y que sobre la tierra tienes tu morada!...» ⁷⁰. Las *Troyanas* fueron representadas en el 415 a.C., por lo que algunos han pensado que tanto el trágico como el anónimo autor de *SF* se valieron de una frase de claro valor filosófico acuñada por aquellos años; pero, por otro lado, pudiera admitirse una influencia del tragediógrafo sobre nuestro tratadista.

7. En los capítulos 4 y 5 πνεῦμα ἀήρ aparecen usados indistintamente, y todavía no hallamos el concepto de «flatos». El escritor tiene prisa en seguir adelante. El comienzo del capítulo 4 reza así: «Pues bien, por qué el aire [ἀήρ] tiene fuerza [ἔρρωται] en las demás cosas, acaba de decirse. Mas para los seres mortales es causante de su vida y también de sus enfermedades, cuando están enfermos. Tan grande es la necesidad de aliento [πνεῦμα] que tienen todos los cuerpos...»

Así, pues, no sólo nos tropezamos con una confusión absoluta de los conceptos ἀήρ y πνεῦμα, sino que, además, al último viene a sumarse la idea de respirar. De modo burdo y esquemático el texto nos dice que los hombres pueden dejar de hacer todas las demás cosas, pero no les es po-

⁶⁸ E. Norden, *ob. cit.*, p. 24, alude a la paronomasia: ἕψμα-χεῦμα («el viento es flujo y corriente»). Pensamos que en nuestro tratado hay cierta presencia de la conocida paronomasia λοιμός-λιμός que aparece en Tucídides, II, 54, 3, y disfrutó de singular fortuna en la posteridad. Norden, *ob. cit.*, p. 24, le sigue la pista a tal juego de palabras hasta los autores cristianos. En *Sobre la dieta* leemos πάσαν ὄρην, πάσαν χώραν (476, Littré).

⁶⁹ ἀλλὰ μὴν καὶ ἡ γῆ τοῦτου βᾶθρον, οὐτός τε γῆς ὄχημα, κενεόν τε οὐδὲν ἐστὶν τοῦτου.

⁷⁰ ὦ γῆς ὄχημα κατὰ γῆς ἔχων ἔδραν.

sible abstenerse de respirar, porque inspiran y espiran⁷¹. Sigue en la línea del elogio, del encomio del aire, pero entremezclándose las teorías, conceptos y realidades diversas.

En el capítulo 5 la aparición de εἰκός⁷² 'lo verosímil, lo esperable' y ἐπιδείξω⁷³ 'demostraré', nos indican a las claras que nos hallamos ante un discursos demostrativo.

Comprobamos de nuevo que el autor de *SF* pretende, mas que demostrar una teoría concreta, convencer al oyente echando mano de diversos postulados entonces en boga.

8. El capítulo 6 recoge varios puntos esenciales de la medicina meteorológica, presente en todo el *CH* y expresamente formulada en *Sobre los aires, agua y lugares* y en los libros de las *Epidemias*⁷⁴. Se trata, en suma, de la atribución al cosmos, al medio ambiente, de un papel importante en la génesis y configuración de las enfermedades.

Ahora bien, el tratadista que nos ocupa demuestra poco interés por las teorías médicas y se pierde en lucubraciones especiosas de baja calidad. Así, nos dice que la *peste* (λοιμός) es una clase de fiebre (πυρετός). A lo que sabemos, λοιμός es un término empleado ya por Homero para referirse a la plaga enviada por Apolo⁷⁵, y utilizado por poetas y prosistas, especialmente por Tucídides⁷⁶, donde designa la funesta peste que cayó sobre Atenas. En cambio, tal palabra aparece poco en el *CH*, por lo que nos sorprende leer en *SF* que se trata de una clase de fiebre. Lo más probable es que nos hallemos ante otro desliz del autor. En el *CH* no tenemos noticia de nada parecido.

Es bien sabido, además, que Tucídides advierte la discusión de las gentes sobre si era 'peste' (λοιμός) o 'hambre' (λιμός) lo que, según el oráculo, iba a caracterizar a la guerra del Peloponeso⁷⁷.

⁷¹ Confróntese Sánchez Redondo, *art. cit.*, pp. 192-193. Además, Empédocles B 100 y Diógenes de Apolonia B 4.

⁷² Sobre εἰκός, como 'lo que es presumible, esperable o lógico', cf. Antifonte el Sofista B 60.

⁷³ Para comprender la función de las demostraciones o discursos de aparato, léase Pródico B 2 y Tucídides, III, 42. Acúdase a Aristóteles, *Ret.*, I, 3, 1358b 6, a propósito de que en tales exhibiciones oratorias el oyente se convierte en mero espectador (θεωρός), ya que sólo ha de juzgar sobre la capacidad (δύναμις) artística del discurso, y no sobre si es verdad o no lo que se dice. El Estagirita habló, además, de la posibilidad de aplicar en broma el elogio cuando se exaltan objetos indignos (*Ret.*, I, 9, 1366a).

⁷⁴ Confróntese J. A. López Fdez, «La médecine météorologique et les Épidémies», en *Cinquième Colloque International Hippocratique*, Berlín, 1984. (En prensa.)

⁷⁵ *Iliada*, I, 61.

⁷⁶ II, 47 y 54. Precisamente en II, 47 el gran historiador relata que «las partes exteriores del afectado no estaban demasiado calientes», aunque, eso sí, al enfermo le sobrevenían «ardores de cabeza».

⁷⁷ II, 54, 3. Curiosamente, ambos términos son relacionados etimológicamente hoy día. Chantraine, *ob. cit.*, pp. 641 y 645.

9. En el capítulo 7, tras una serie de digresiones sobre la fiebre que se produce a consecuencia de una dieta nociva, el autor nos advierte que «junto a todo lo que se come y se bebe, marcha el soplo [πνεῦμα] hacia el cuerpo, en mayor o menor cantidad». Muchísimas personas, se nos dice, eructan tras las comidas y bebidas, pues el aire (ἀήρ)⁷⁸ encerrado corre hacia arriba, una vez rompe las burbujas en que está oculto. Toda vez que por exceso de comida la cavidad inferior resulta obstruida, «los flatos [φῦσαι] se extienden por todo el cuerpo, y, cuando caen en las partes más sanguíneas del cuerpo, las enfrían». (Nótese que es la primera vez que encontramos citados los flatos después de la definición de 3, 5).

10. El autor, en el capítulo 8, parte del supuesto de que, cuando —de resultas de la llegada de los flatos— se enfría una parte del cuerpo, allí se producen escalofríos. Trata de explicar los temblores, bostezos y dolores de cabeza como resultado directo de los flatos. Para ello usa abundantes metáforas. Así, cuando sostiene que «la sangre *salta* desde las extremidades hacia las vísceras», el verbo καθάλλομαι ‘saltar de arriba abajo, desmontar’ (8, 10) es vocablo harto infrecuente⁷⁹, especialmente en medicina. Algo más arriba (8, 8-9), afirma el texto que la sangre «corre y se lanza [συντρέχει καὶ διαίσσει] por todo el cuerpo.»

Más llamativo quizá es el verbo ἐξμοχλεύω (8, 19) ‘forzar una puerta mediante una palanca’, referido a la boca entreabierta bajo los efectos del aire que sale impetuosamente por ella. El μοχλός es la barra o cerrojo que servía, a la sazón, para atrancar por dentro las puertas de las casas.

Pero no debemos dejarnos embaucar por esas palabras extrañas, sugerentes y metafóricas. El tratadista no tiene ningún propósito serio. Sigue confundiendo los términos ἀήρ, πνεῦμα y φῦσαι. Al comienzo del capítulo se habla de φῦσαι; pero en las líneas 18, 24, 28 y 44 encontramos ἀήρ, y en 32 y 33 πνεῦμα, sin distinción semántica alguna, rompiendo otra vez la definición del capítulo 3.

A manera de cuerpo extraño dentro del conjunto está la explicación de los bostezos, vista como resultado del aire que sale del cuerpo cuando éste se calienta. Todo hace pensar que el autor confunde aire (ἀήρ) con vapor (ἀτμός) de agua, pues tal nos sugiere la referencia a las calderas de agua y el vapor que despiden (8, 21 ss.). Encontramos también una contradicción respecto a lo afirmado en el capítulo anterior sobre que los flatos enfrían las partes del cuerpo a las que llegan. En cambio, aquí (8, 26 ss.) leemos: «Mientras se reúne la mayor parte de la sangre, el aire [ἀήρ] que ha enfriado a la sangre vuelve a calentarse, dominado por el calor, y, volviéndose ardiente y oscuro, produce calor por todo el cuerpo. La sangre es colaboradora del aire, pues, al calentarse, se evapora y de ella se forma soplo [πνεῦμα].» Es decir, vemos ahora que el aire produce

⁷⁸ En abierta contradicción terminológica a lo expuesto en 3, 4-5 cuando se advierte que el pneuma, estando dentro del cuerpo, se llama φῦσαι.

⁷⁹ Confróntese Jenofonte, *HG*, IV, 5, 7, y *Eq.*, 3, 7.

calor, lo cual está en abierta contradicción con el resto del tratado. Una vez más el tratadista se ve envuelto en sus propias incoherencias, pues maneja a discreción teorías distintas sin suficientes explicaciones, sin aclarar el paso de un postulado a otro. Creemos que el aire aquí citado (realmente se trata del vapor de agua), es una teoría marginal, extraña al conjunto.

De hecho la confusión entre aire (ἀήρ), soplo (πνεῦμα) y vapor de agua (ἄτμός) resulta evidente en lo que leemos después (8, 32 ss.): «Cuando el soplo se lanza contra los poros del cuerpo, se produce sudor. Efectivamente, el soplo, al condensarse, fluye como agua, y, marchando a través de los poros, pasa hacia fuera de la misma manera que el vapor [ἄτμός].» Es interesante la explicación etiológica del sudor, pero no queda claro en absoluto cuándo sale el pneuma por la boca (bostezos) y cuándo por los poros (sudor).

11. Menos importante para nuestro propósito es el capítulo 9, donde de forma somera se explica que íleos, cólicos y dolores intestinales dependen de los flatos. En el 10 se nos dice que los flujos y hemorragias tienen por causa a los flatos. De nuevo aquí domina la mezcolanza terminológica. Por ejemplo, en 10, 5 ss.: «Cuando las venas que rodean la cabeza se llenan de aire (ἀήρ), en primer lugar la cabeza se pone pesada, porque dentro están los flatos [τῶν φυσέων ἐγκειμένων]...; a continuación, se amonтона la sangre, pues los flatos no son capaces de obligarla a pasar, a consecuencia de la estrechez de los caminos, pero la parte más fina de la sangre sale exprimida a través de las venas. Deducimos del texto que la misión de los flatos es empujar la sangre por las venas⁸⁰. En verdad, esa misma teoría parece ser sostenida por el autor algo más abajo (10, 40 ss.), con decir que el flujo⁸¹ revienta cuando el aire (ἀήρ) llega a las venas y estrecha la salida de la sangre⁸².

Según lo dicho, los flatos (o el aire, en otros casos) hacen que la sangre se salga de las venas, o sea, causan hemorragias internas en el pecho y otros lugares. En cambio, más abajo (10, 44 ss.) se afirma que «a todos los que tienen hemorragia a consecuencia de la gran cantidad de dolores, a éstos los dolores les llenan de soplo [πνεῦμα] las venas». Es decir, resul-

⁸⁰ En el *CH* no se distingue entre venas y arterias. Es más, con el término arterias se designan a veces las tráqueas y los bronquios. No hay un esquema coherente en los tratados hipocráticos para referirse al número, origen y función de las venas. En general, los hipocráticos afirman que las venas llevan sangre y pneuma y los reparten por todo el cuerpo. Cf. M. P. Duminil, *Le sang, les vaisseaux, le coeur dans la collection hippocratique. Anatomie et physiologie*, París, 1983. (Este trabajo lo hemos reseñado en *Epos*, I, 1984, pp. 315-317.)

⁸¹ No sabemos a qué flujo (ῥεῦμα) se refiere; parece ser que se alude al producido por la sangre que se ha salido de las venas.

⁸² Obsérvese que se habla ahora de aire. Al comienzo del capítulo se menciona el aire y los flatos sin distinción semántica alguna. Los flatos tenían allí la misión de empujar la sangre por las venas; aquí, al contrario, el aire no deja pasar la sangre por las mismas.

ta ahora que las hemorragias atraen el πνεῦμα, que como hemos visto no parece diferenciado respecto de ἀήρ y φῦσαι en este tratado.

El autor, en efecto, se mueve en un terreno resbaladizo, confunde incesantemente términos y teorías, habla al mismo tiempo de la tos, la respiración y el movimiento de la sangre, y usa indistintamente los tres términos contra lo advertido en el capítulo 3. Toda esa confusión terminológica y semejante batiburrillo de teorías tratan de presentarse bajo unos esquemas formales irreprochables. Efectivamente, el capítulo 10 comienza diciendo: «Quizá alguien diga... entonces, ¿cómo surgen los flujos a causa de los flatos?» El tratadista sostiene que va a demostrar (δηλώσει) todo eso. Ese giro es muy del estilo sofístico⁸³ y, como es normal, queda en simple promesa.

12. En el capítulo 12 sostiene que también la hidropesía es causada por los flatos. Pero realmente, aparte de que al comienzo del apartado nos quedamos sin saber de qué se trata, ya que se apunta a «flatos ζφῦσαι acompañados de humedad, a la que el aire [ἀήρ] ha preparado el camino...», observamos un tremendo revoltijo de términos cuando, al referirse al agua que se extrae del cuerpo de los hidrópicos, se mantiene que tal agua «está llena de aire [ἀήρ], pues el aire le da gran volumen, pero cuando el soplo [πνεῦμα] se marcha se queda el agua sola».

13. Si en el capítulo 13 se nos afirma que los flatos producen la apoplejía, al meterse en medio de las carnes e hincharlas, en el 14 los encontramos como origen y causa de la enfermedad sagrada, es decir, la epilepsia⁸⁴.

El autor nos cuenta una intimidad (14, 2 ss.): «Con los mismos argumentos con que me convencí a mí mismo, intentaré convencer [πειρήρομαι πείθειν] también a los que me escuchan.» Es cierto que en esta cuestión *SF* ofrece muchos puntos de contacto con *Sobre la enfermedad sagrada*, especialmente en la exposición de los síntomas de tal afección, pero es diversa la etiología que hallamos en los dos escritos⁸⁵.

⁸³ Confróntese B 11 a. Ya está presente en Demócrito B 7 y es giro predilecto de Tucídides, por ejemplo en I, 3; 144, etcétera.

⁸⁴ El famoso tratado *Sobre la enfermedad sagrada*, fechable entre 430 y 420 a.C., de gran importancia e influencia en la colección hipocrática, sostiene que el aire aporta la inteligencia (φρόνησις) al cerebro, y después se reparte por todo el cuerpo (cap. 19). En *SF* la inteligencia es factor importante no sólo en la epilepsia, sino también en la apoplejía, sueño, borrachera, locura, etc. Según *SF*, 14, 4 ss., «ningún elemento contribuye a la inteligencia en mayor grado que la sangre».

⁸⁵ Hay un notable parecido entre *Sobre la enfermedad sagrada* y *SF* al describir las características externas de la epilepsia: espumarajos por la boca, parálisis, convulsiones y pérdida de la razón. Pero hay una diferencia fundamental en ambos escritos: en el primero es la flema la que impide el paso de la sangre y el aire; en *SF* es el aire el que obstruye la marcha de la sangre. La exposición del primero es ordenada y metódica; en nuestro tratado, confusa y anárquica.

Si hasta este momento el tratado ha ofrecido una permanente confusión terminológica, el autor intenta poner cierto orden en el último capítulo, lugar donde sólo deberían aparecer los flatos (φύσαι). Insiste y resume que «los flatos se entremeten muchísimo en todas las enfermedades. Todas las demás causas son concomitantes y secundarias...». Hace hincapié en que nos encontramos ante una demostración: «Que esta es la causa de las enfermedades acabo de demostrarlo (ἐπιδέδεκται μοι).» Pero, acto seguido, vuelve a mezclar los términos, justamente en las últimas líneas: «Había prometido explicar la causa de las enfermedades y he demostrado que el soplo (πνεῦμα) ejerce su poder tanto en todas las demás cosas, como en los cuerpos de los animales.»

Como último resumen, se nos advierte que tal demostración se ha ceñido a las enfermedades más conocidas, pero que igualmente podría comprobarse respecto a todas las afecciones.

15. *SF* es, pues, un discurso demostrativo de estructura bastante clara:

- a) Un *proemio o exordio* (cap. 1) sobre las causas de las enfermedades, con un excursus inicial acerca de la medicina. Es el lugar más trabajado artística y formalmente, pues con él se pretende ganar toda la atención del público.
- b) En los capítulos 2 y 3 tenemos la *narración*. Es breve, persigue la claridad, define los términos esenciales del discurso. Intenta ser, asimismo, verosímil, para lo cual acude al extraordinario poder del aire. Con ello se pretende convencer al oyente de que todo depende del aire, tanto la vida como las enfermedades. El hombre puede abstenerse de cualquier otra cosa, salvo de respirar.
- c) En la *argumentación o comprobación* (caps. 4-14) se acumulan varias pruebas para demostrar que los flatos son causa de todas las enfermedades, aportando una serie de signos o argumentos (ἐπίδειξεις), con diversas ampliaciones y todo tipo de ejemplos. El propósito es la comprobación de lo sostenido en *b*. Hay un claro incremento en la importancia de las enfermedades producidas por los flatos: desde un simple escalofrío hasta la epilepsia.
- d) El *epílogo o conclusión* está bien estructurado. Condensa brevemente lo anterior y recapitula sosteniendo que los flatos intervienen en todas las enfermedades⁸⁶. El tratadista se despide de los oyentes advirtiéndoles que podría extenderse mucho más si se refiriera a cualquier afección, pero no por ello pronunciaría frases más convincentes (πιστότεροι). Este vocablo cierra el discurso.

⁸⁶ En tres líneas de la edición de Jones (15, 3-5) aparece dos veces «la causa» (τὸ αἴτιον) y dos palabras relacionadas con la misma idea (συναίτια y μεταίτια).

16. En resumidas cuentas, creemos haber aportado alguna luz para ver que el autor de *SF* no tiene grandes conocimientos médicos, ni mantiene una postura coherente en cuanto a doctrina y teorías fisiológicas. Acude a un postulado filosófico entonces en boga (el pneuma, como factor primordial en la salud y la enfermedad), pero al aplicarlo al ser humano mezcla y altera los términos, confunde postulados y teorías de diversas procedencias y se contradice abiertamente en numerosos pasajes. No se preocupa de la verdadera medicina, sino de obtener el aplauso y beneplácito de un público, sin duda, profano. No profundiza en ningún aspecto estrictamente médico, sino que aborda superficialmente varios puntos de gran interés en la medicina de la época, pero subordinándolos a demostrar la tesis inicial de que los flatos son causa de todas las enfermedades.